

CONDE DE LOS ANDES

SEMBLANZA DE LUIS REDONET

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, núm. 49, 1973



## Semblanza de Luis Redonet

por el Académico de número

EXCMO. SR. CONDE DE LOS ANDES (\*)

Mi encuentro con Luis Redonet y López-Dóriga fue en octubre de 1938. Cuando empezaba el mes anterior, convaleciente todavía de un serio balazo recibido en el frente de Teruel al mando de una compañía de regulares, fui nombrado Gobernador Civil de Santander. Cuando Redonet entró en mi despacho, su nombre no me era ciertamente desconocido. Independientemente de su doble condición académica, la visita de este montañés relevante traía también consigo el recuerdo de su relación familiar con don Antonio Maura. Redonet estuvo casado con una hija de don Antonio, Estefanía Maura y Gamazo. Como mi padre fue conuñado de Gabriel, el primogénito de los Maura, ya que ambos estuvieron casados con las dos hijas del segundo Conde de la Mortera, que fue diputado por La Habana, su relación con Redonet había sido muy cercana. Mi padre, además, había sido pasante del bufete de Maura, igual que Redonet, Diputado Maurista y Subsecretario de la Presidencia con don Antonio. Como la faceta Maurista de mi biografiado es digna de mención traigo a colación estos datos. Muchas veces había oído hablar a mi padre de Luis Redonet. Ahora le tenía delante con disposición de escucharle largamente. Como Redonet había nacido en octubre de 1875, tenía en aquel momento sesenta y tres años, precisamente la edad que tengo yo ahora. La garrulería, que no le abandonó ni siquiera en su extrema senectud, se manifestó entonces desbordante. Yo no le recordaba, pero él demostró ensegui-

---

(\*) Disertación en Junta del martes, 15 de febrero de 1972.

da que me conocía desde mi niñez y hasta me relató un sucedido de Mortera a pocos kilómetros de Santander, en la casa solariega de mis abuelos maternos, donde yo fui protagonista en una fiestecita familiar en la onomástica de mi tía la Condesa, juntamente con mis primas y otros niños primos de éstas. La memoria extraordinaria de Redonet se acreditaba con el relato de cómo al recitar yo una fábula en verso que decía: “Bicho menguado”, mi inexperta lengua infantil trocó por “bicho languado”, provocando la hilaridad de los concurrentes. Este afectuoso recuerdo daba fe de la memoria de Luis Redonet y de su natural intimidad con todos los Maura. A mí me hacía pensar que ya desde los cinco años mi afición a los comestibles se manifestaba.

El Gobierno Civil de Santander estaba entonces en Puerto Chico. Amplios ventanales permitían admirar la vista extraordinaria de la bellísima bahía santanderina enmarcada por el pico de Solares al fondo. Una leve alusión mía a la belleza de la montaña dio motivo para que Redonet me hablase, con el apasionamiento que sentía por su amada tierra montañesa que le vio nacer, sobre sus problemas y necesidades. Le pregunté por el Ayuntamiento de Camargo, en uno de cuyos pueblos, Muriedas, cercano a la capital, tenía su casa; y se me ofreció si le necesitaba para ser su Alcalde. Hermoso rasgo de desinteresado servicio a su comunidad, en quien había sido ya Diputado a Cortes por Santander y Laredo, Senador y era Académico de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas, además de haber sido Secretario Político del Presidente del Consejo de Ministros.

Cuando he leído estos días “Bocetos de Novela” que Luis Redonet publicó en 1917, he encontrado en su relato “Un hidalgo”, caracteres que se compadecen perfectamente con los de la idiosincrasia del autor. Libro delicioso, cuya factura literaria recuerda las escenas montañesas de Pereda y que refleja con elocuencia el amor de Redonet a la Montaña y su conocimiento profundo del alma de sus hijos. No fue necesario apartar a Redonet de sus libros y pude encomendar el Ayuntamiento del Valle de Camargo, a persona capaz e idónea para la gestión municipal; pero yo quiero señalar el hecho de que para Redonet el desempeño de una Alcaldía de pueblo era tan honroso como llevar al cuello colgada la medalla de una Academia.

La vida rural, sus tradiciones, los problemas del campo y de los campesinos constituyen, sin duda, el objeto de la dedicación estudiosa que le permitieron publicar obras importantes sobre estos temas. Después las enumeraremos y comentaremos brevemente.

Después de aquella primera ocasión traté algo a nuestro Académico fallecido, mientras estuve en Santander. Algunas veces nos encontrábamos en la Biblioteca Menéndez Pelayo, lo que daba ocasión a Luis Redonet para contarme su relación con don Marcelino. Teniendo quince años, colegial en Deusto, escribe Redonet una carta a Menéndez Pelayo disintiendo de su opinión en la conducta del Emperador Carlos V sobre el saco de Roma. Para nuestro académico fallecido, la tesis mantenida por don Marcelino sobre la culpabilidad del Emperador no era válida. El ilustre polígrafo quedó cautivado por la juvenil inquietud histórica de Redonet y contestó a la "impertinente carta", así me la calificó su autor, con otra simpatiquísima y un retrato suyo dedicado. Aquí nació una amistad que había de durar hasta la muerte. Pocos días antes de morir envió don Marcelino a Luis Redonet un segundo retrato, naturalmente también dedicado.

Después de dimitir yo el Gobierno Civil de Santander no volví a tener ocasión de tratar a nuestro biografiado, hasta poco antes de que vosotros benévolamente me abriésteis las puertas de nuestra común Academia a fines del año 1967.

Reiteradas y amables cartas felicitándome por artículos o conferencias, me movieron con gusto a atender la invitación de Luis Redonet a visitarle en su casa de Chamartín de la Rosa. Puso de nombre a su casa de la calle Comandante Franco "La Tierruca", justificando así, una vez más, su amor a Santander. Lo proclamó con sus palabras en un diálogo periodístico del año 1963. "Si hay algún montañés, ese soy yo, que llevo ochenta y ocho años siéndolo". Remachó más adelante en el clavo diciendo: "Yo soy cántabro cien por cien, pero me identifico montañés." En "La Tierruca" le visité varias veces, hasta meses antes de su muerte. Gustaba recordar los tiempos en que su suegro, don Antonio, como le llamaba, de igual manera hablaron siempre de Maura sus hijos, le dispensó su confianza encomendándole varias veces su secretaría política cuando fue presidente del Consejo de Ministros. Esa confianza le permitió comer en la intimidad con los Reyes Alfonso XIII y D.<sup>a</sup> Victoria en el Palacio de la Granja y en otras ocasiones. Vivía Redonet satisfecho de sus recuerdos, rodeado de la importante biblioteca que reunió a lo largo de su vida de más de diez mil volúmenes, y de retratos con personajes cuya amistad disfrutó, que se complacía en enseñarme. Pasaba los veranos en su casa de Muriedas, menos los dos últimos, ya muy achacoso y perdida la vista. Antes de tan triste acaecimiento todavía pudo preparar y desarrollar una intervención en nuestra Academia sobre el tema "Concepto y alcance de lo social", en 1968. Si me he extendido

en relatar pormenores de mi relación personal con Luis Redonet, ha sido, en parte, porque de esta manera el conocimiento humano es mejor, pero además porque con ello brotan, creo yo, de manera espontánea, los trazos más importantes de la personalidad del académico fallecido, que ya se han esbozado solos de lo anteriormente descrito. Los resumiré, para desarrollarlos después. Su amor a la Montaña, su amor al campo, sus afanes de erudita investigación agraria, su amor a los libros y su vocación literaria. Su devoción y consagración a las academias. Por último, su maurismo. Todavía habría que añadir una faceta que no se ha traslucido todavía, su condición de jurista y sus actuaciones de abogado. Además, importa resaltar en su personalidad algo que las comprende todas, y rezuma toda su obra. La consideraré al final. Su catolicismo a machamartillo, como hubiera dicho su amigo y maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Aunque el apellido Redonet es de origen francés, estaba ya enraizado en Santander cuando nació nuestro académico, pero además el materno López Dóriga era de antiguo abolenjo en la Montaña. El amor a su patria chica se manifiesta muy concretamente cuando trata temas de su tierra montañesa. Escribió sobre el valle de Cabuérniga en el siglo XVI, en 1932; sobre los escritores montañeses del siglo XVIII, en 1955; sobre la muerte de Menéndez Pelayo, tratada por las Cortes y por la prensa en 1956; pero además de estos escritos montañeses, varios, por no decir casi todos los de los cuentos reunidos en el volumen "Bocetos de Novela" como el del Hidalgo que antes mencioné, ocurren en la Montaña, el paisaje es el de la provincia de Santander, el mar, es el mar Cantábrico y los personajes son tipos característicamente montañeses. En otros libros, naturalmente también aparecieron datos montañeses, muy principalmente en uno de sus libros más importantes, "La historia jurídica del cultivo y de la industria ganadera en España". Por eso, bien pudo Redonet hacer suyo, parafraseando el dicho de Terencio, si dijese que cuanto comprendiese a la Montaña no le era ajeno.

Me han contado su indignada intervención en una junta de la academia de la Historia con motivo de una protesta, de la Academia, o, por mejor decir, en la discusión de una protesta contra un proyecto por el cual, en uno de los trozos más bellos del Guadalquivir se quería construir un complejo deportivo, que ponía, a las viejas puertas de Sevilla una nota de fealdad indiscutible. De llevarse a cabo se alzarían construcciones deportivas y gimnásticas frente a la Torre del Oro y la Real Maestranza. En esta ocasión nuestro compañero se indignó; se indignó extraordinariamente, con aquel genio tan vivo y tan característico de su

modo de ser. Su intervención y sus argumentos fueron para recordar la conquista de Sevilla por el Rey San Fernando, en la que había intervenido Ramón Bonifaz, que aunque de Burgos, tenía abolengo montañés, por su apellido de Camargo. En la intervención del académico de la Historia, indudablemente, pesó mucho su amor a la Montaña y la vinculación montañesa con la conquista de Sevilla por la destacada actuación de los marinos de Santander, que como todos sabéis está perpetuada en su escudo.

Discurramos ahora brevemente sobre la decidida vocación literaria de Redonet, que sin duda estuvo influida por la alentadora carta de D. Marcelino, a la que hemos hecho referencia antes.

Muy joven escribió "Mis primeros ensayos", "Cartas críticas" y "La segunda expedición francesa contra el Rey negro Behanzan". "Yo y mi suegra", "Las cuatro de la mañana" y "De todo un poco". Su literatura estaba felizmente influida por un perfecto conocimiento del latín, de lo que da pruebas patentes en varios de sus escritos.

Discurramo un poco por su vida. Tuvo de compañero de la carrera de derecho a Bonilla San Martín, que había de contestarle años más tarde al discurso de ingreso en nuestra Academia. Fue también condiscípulo de Piniés, de Goicoechea y de Pons y Umbert. Terminada la carrera el afán de perfeccionar su cultura le lleva a Alemania, para aprender el alemán, y como él decía, para saborear las poesías de Goethe y de Schiller en su propio idioma. Este viaje a Alemania, a Bélgica, a Italia y a Francia fue de gran utilidad para su erudicción y muy concretamente para sus trabajos en defensa de la política social agraria.

Su amor a los libros queda suficientemente reflejado en el hecho de haber sido bibliotecario de esta Academia hasta tres años antes de su muerte y con su trabajo "Las joyas de nuestra biblioteca" (1945). Los 10.000 ejemplares reunidos durante su vida son ciertamente un testimonio, y también es digno de mención el discurso "El amor al libro", leído en la junta pública de esta Academia en 1927.

El amor al campo de nuestro compañero se empieza a manifestar en seguida. Es digno de traer aquí a colación una observación suya en el viaje a Bélgica. Comenta Redonet "que gracias a la frecuencia, rapidez y baratura sin igual del ferrocarril, se ha logrado allí sostener la población del campo, porque los empleados y obreros con abonos y cupones semanales de ferrocarril van todos los días a sus trabajos urbanos y regresan por la noche al campo, donde pasan también los días festivos". Cuando habla sobre el valor del campo, vale la pena señalar sus

observaciones sobre los peligros que llamaríamos hoy contaminación de la atmósfera, en la que encuentra nuestro académico un motivo más para defender la necesidad de la vida rural y de hacer atractivo el campo. Sus palabras son: “Caminaremos derechamente a la solución de los problemas del campo, cuando le vayamos haciendo amable; cuando despertemos amor hacia él, en contraposición a los placeres y a los atractivos de la ciudad”.

La vocación literaria de Luis Redonet y López Dóriga, había de quedar supeditada a la investigación erudita y a la proyección de sus preocupaciones sociales y agrarias. Vale la pena destacar que don Luis fue un pionero, en cuanto a preocupaciones sociales, cuando en aquellos tiempos no era frecuente dedicar los estudios a estas disciplinas.

En primer término, habrá que citar su trabajo: “Crédito agrícola”, premiado por esta Academia en 1902, tema que estudió por vez primera don Eugenio Montero Ríos en su discurso de recepción. Una de sus obras fundamentales es, como no ignoráis, “La Historia Jurídica del Cultivo y la Industria Ganadera en España”. El primer volumen aparece en 1911. El segundo, en 1918. “Los Usatges de Barcelona”, trabajo publicado después, es uno de los capítulos del tercer volumen, que no llegó a publicarse. En el prólogo de la obra expone su propósito. “La historia jurídica que emprendo, recogerá con cuidadoso esmero todas las manifestaciones consuetudinarias y simplemente jurídicas que hayan tenido realidad en la vida huyendo de dar valor jurídico y existencia positiva a lo que no pueda comprobarse seriamente en forma digna de una historia.” Es la obra de un trabajador infatigable, docto, que selecciona con crítica y profusas diligencias y arte, toda la materia citada desde los comienzos de la vida histórica española en Asturias, León y Castilla hasta el reinado de Fernando III. El segundo tomo, además de ampliar lo tratado en el primero, estudia la misma materia en Navarra, Aragón y Cataluña hasta el advenimiento de Jaime I. En ellos se analiza minuciosamente la situación agraria y ganadera española, buscando de esta suerte el conocimiento de nuestras posibilidades económicas en estos sectores, indudablemente los básicos de nuestra economía y de nuestra riqueza. Allí se encuentran con un asombroso manejo de contratos y de tradiciones, las ordenaciones reales, las ordenanzas municipales y provinciales, estatutos y reglamentos que rigieron Hermandades o Cofradías, Sindicatos Agrícolas y Ganaderos, etc.

Segunda obra fundamental de Redonet es indiscutiblemente su “Policía rural en España”, cuyo primer volumen se publica en 1916 y el segundo en 1928. Sirvieron de base para esta importante obra la gran



colección de bandos y ordenanzas municipales reunidas por iniciativa gubernamental de 1908, y guardada luego en el Instituto de Reformas Sociales. Según advirtió el autor, “es obra —más de consulta que de lectura” y tendía “a fijar cada una de las instituciones”, más que a criticar lo conseguido. Aquí se pueden encontrar cuantas disposiciones regulaban la vida varia de España, tanto en las pequeñas aldeas como en las grandes urbes. Es, en definitiva, un estudio jurídico comparado, que registra analogías y diferencias, causas y efectos.

De esta obra da idea cabal el jurista Emilio Miñana cuando dice, que, gracias a ella, tenemos un estudio comparado, de las ordenanzas municipales españolas, y noticia de muchas curiosidades jurídicas desconocidas o al menos olvidadas. Por ejemplo, la institución asturiana de la “Andecha”, grupo de personas que se reúnen para trabajar gratuitamente en las tierras del propietario o colono menesteroso. Admirable ejemplo de hermandad, que sólo es posible entre propietarios rústicos, porque la propiedad agrícola tiene un sentido cristiano del que carece el deshumanizado capitalismo financiero. Son dignas de mención las ordenanzas de Argüebanes, según las cuales, si cualquiera viene de fuera a casarse con hija de vecino, ha de dar a los vecinos del concejo un refresco de dos cántaros de buen vino, una libra de pan por cada vecino y una pierna de tocino que pese de ocho a diez libras, o dos quesos de igual peso. Imposible enumerar siquiera, algunas más, que demuestran la valiosa recopilación que hizo Luis Redonet, y lo que es más importante, sus comentarios atinados y las consiguientes observaciones y conclusiones a las que llega tras detenido examen.

El discurso de ingreso en nuestra Academia versó sobre el “Trabajo manual en las reglas monásticas”, sobre todo el agrícola, continuándose así la serie de trabajos importantes sobre el tema con doble proyección, económica e histórica. Recibió Redonet la medalla del Duque Viudo de Mandas, don Fermín Lasala y Collado, y al trazar la breve semblanza acostumbrada en las recepciones académicas, pudo al mismo tiempo dejar constancia de parte de su propia historia cultural y política. En octubre de 1907 se nombró y constituyó la Junta Central de Colonización y Repoblación interior, bajo la presidencia del Duque de Mandas, que dio posesión a Luis Redonet del cargo de vocal de dicha Junta, y sancionó con aplausos los múltiples trabajos que llevó a cabo durante el tiempo de su desempeño. Antes de seguir adelante, acaso sea éste el momento oportuno para dejar constancia de que el investigador y sociólogo dejó también su impronta en la política social agraria de nuestra Patria. Como diputado a Cortes por Laredo y Santander en los años

1907 a 1913, perteneció siempre a la Comisión de Presupuestos, defendiendo los dictámenes del Ministerio de Fomento. Siendo miembro de la comisión parlamentaria de la Ley de Colonización, interviene eficazmente en su definitiva redacción. Su pluma redactó el reglamento de Colonización vigente hasta 1918 e interviene también en la redacción de la ley de Sindicatos Agrícolas, así como en discusiones parlamentarias sobre temas agrosociales. Su labor en pro de la resolución del Crédito agrícola, cristaliza en el proyecto que don Juan de la Cierva presenta a las Cortes en 1922, redactado de la cruz a la fecha por Luis Redonet. La caída del Gobierno, del que Cierva era su Ministro de Fomento impidió desgraciadamente que el proyecto llegase a ser ley.

Esta breve ojeada a la proyección política de nuestro académico, demostrará que su actividad intelectual no está circunscrita exclusivamente al libro, a la tribuna del conferenciante, o a las academias.

Pero antes de comentar la faceta política de Redonet quiero aludir, siquiera, a su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia. Desarrolló un tema singular, "El nacimiento del derecho de asilo", y le contestó el entonces bibliotecario don Eduardo Ibarra Rodríguez. Examinó allí los orígenes y desarrollo del derecho de asilo entre los hebreos, los griegos, los romanos y los primeros siglos del cristianismo, y en los tiempos medievales, para terminar considerando las derivaciones y postimerías en sus formas actuales. Las primeras palabras del discurso del nuevo académico de la Historia, son la sincera confesión de cuál es su verdadera vocación. "Vuestra bondad", dice, dirigiéndose naturalmente a los académicos, "llenó al fin mis aspiraciones y ha premiado con largueza mi amor vivísimo hacia los estudios históricos". Esta declaración proclama que si intervino destacadamente en otras actividades públicas fue por razones circunstanciales, aunque en todas ellas quedara patente su sentido desinteresado de servir, su hombría de bien, su dedicación estudiosa y juicio discreto y ponderado.

Dos aspectos de nuestro biógrafo debemos ahora examinar someramente. Don Luis Redonet, jurista, será el primero que abordemos. Entró como pasante en el despacho de don Mariano Muñoz Rivero, destacado criminalista y paleógrafo prestigioso. Simultaneó el bufete con los estudios de la escuela superior diplomática, en la que era profesor Muñoz Rivero, y obtuvo el título, luego extinguido, de archivero, bibliotecario y anticuario. Del despacho de Muñoz Rivero pasó al de Dato, para entrar, por último, en el bufete de don Antonio Maura. Allí conoció a la hija de don Antonio, Estefanía Maura y Gamazo, con quien casó. Allí también empezó su maurismo, del que después habla-

remos. El sentido jurídico de Redonet imprime carácter, y se proyecta en casi todas sus obras, aun en aquellas no sustantivamente jurídicas. Abogado excelente, gana un pleito famoso que le da renombre. Tenía entonces treinta y cinco años. El asunto: los estados, títulos y bienes del mayorazgo de Villanueva del Fresno, y sus agregados. Defendía Redonet a las casas herederas de los mayorazgos; que eran las demandadas. Nombres esclarecidos de la nobleza española, Teba, Alba, Montijo, Tamames y Santoña ganaban el pleito. El abogado consolidaba su prestigio y adquiría relieve social. No es extemporáneo recordar aquí que la Emperatriz Eugenia le tuvo como abogado.

Varias razones podían haber llevado al maurismo a Luis Redonet y López Dóriga. La más evidente, su iniciación de abogado en el bufete de don Antonio Maura y su condición posterior de yerno. Pero también ser un montañés relevante era otro de los caminos. Las relaciones de don Antonio con la provincia de Santander eran muchas, entre ellas, la de veranear en Solórzano. Por último, las ideas de Luis Redonet le llevaban fácilmente a ingresar en las filas mauristas.

El maurismo fue algo más que un partido conservador, liberal conservador si se quiere. El maurismo es un movimiento político, que aspira a modificar la vida política española. Es un movimiento regeneracionista. De una parte pretendía, como diría nuestro compañero Carlos Ruiz del Castillo, "ser una ráfaga de luz y de oxígeno que higienizó muchas veces la política española y le señaló perspectivas y rumbos". De otra, el maurismo tenía una ideología política, la de don Antonio Maura, naturalmente. El primer aspecto del maurismo era, sin duda, el más atractivo unido a la sugestión personal de su jefe y a su personalidad extraordinaria. Su facha, su gesto, su oratoria, su competencia, su austeridad privada y pública eran un imán que atraía a los corazones más nobles de España y a los hombres más honrados, deseosos de servir políticamente a la Patria. La ideología política de Maura, tenía como fundamento político, el poder decisorio del pueblo por medio del sufragio universal. Escarmentado de las quiebras del régimen parlamentario, que presencié, trocó al fin de sus días don Antonio Maura su fe en el sistema de sumisión del poder ejecutivo al legislativo, por el régimen presidencialista. Su primogénito, Gabriel, primer Duque de Maura, nos ha dejado escrito este pensamiento paterno, que constituye el llamado testamento político de don Antonio Maura. En otro lugar he explicado las razones por las cuales pienso que la elección directa del Jefe de Gobierno por el cauce de sufragio universal inorgánico es un mal sistema político, aunque esté refrenado por la prudencia de un Rey como

lo preconizaba don Antonio. Tengo para mí que la entusiasta identificación de Luis Redonet con el maurismo, se establece más por su admiración ilimitada por Maura, mucho más que por su coincidencia ideológica. En algunas frases, aquí y allí de sus libros insinúa Redonet su menosprecio del sufragio universal como origen del poder. Ultimamente, comentando conmigo estos temas, se mostraba Redonet muy escéptico de las supuestas bondades del sufragio universal y me recordó una tarde en su casa de la Tierrauca, hará de esto dos años, la frase de Cánovas tan conocida, como contundente, sobre el sufragio universal.

Orgulloso se sentía Luis de haber sido secretario político de Maura. De haberle acompañado en el viaje a Barcelona, en el que Maura logró un doble triunfo. Participar del éxito de la visita del Rey y tener la fortuna de derramar su sangre por la Patria. El puñal anarquista aureoló la figura de Maura y ennoblecó unos de los cuarteles de su escudo.

La honradez de los Ministros del reinado de Alfonso XIII es de tal naturaleza, que en los tiempos presentes se antoja legendaria. Arquetipo de honradas costumbres públicas fue don Antonio Maura. Una anécdota de su secretario particular y yerno Luis Redonet es un botón de muestra. Entra Maura en su antedespacho y encuentra a Luis Redonet fumándose un espléndido cigarro habano. Elogia don Antonio, bromeando, el tamaño y calidad del puro. "Me ha regalado una caja fulano de tal, que acaba de marcharse", le dice Luis, su yerno. Frunce el ceño Maura y amistosamente reconviene a Luis: "Mientras seas secretario mío no puedes aceptar ni el regalo de una caja de habanos. Arréglatelas para comprarle otra a tu amigo y envíasela con cualquier pretexto."

No intento aquí hacer una lista exhaustiva de los libros que escribió el académico fallecido, ni de sus conferencias, ni tampoco de los cargos que tuvo, se trata de una breve semblanza solamente. Sin embargo, antes de terminar debo consignar algunos de estos últimos, que añadido a los ya referidos. Perteneció al Instituto Superior de Agricultura, Industria y Comercio y al Consejo Superior de Emigración. Estaba en posesión de la gran Cruz del Mérito Agrícola y era Comendador de la Orden de Mérito Agrícola Francesa. Presidente suplente de nuestra Academia a la muerte de Gascón y Marín hasta que fue elegido nuestro Presidente actual. Fue como todos los académicos saben, bibliotecario de honor en 1968. Asistió a 1.898 Juntas. Perteneció a nuestra Academia cincuenta y tres años desde que ingresó en enero de 1919. El último día que asistió a nuestras Juntas fue el 17 de marzo de 1970.

Jesucristo desveló el misterio del dolor cuando le presentaron al ciego de nacimiento que curaría después, poniéndole un poco de lodo en los ojos y mandándole que se lavara en la piscina de Siloé. “Ni pecó él ni pecaron sus padres, es ciego de nacimiento para que se manifieste la gloria de Dios”, enseña nuestro Señor a los atónitos judíos, que querían explicarse el sufrimiento como una compensación expiatoria de la culpa. El sufrimiento que Dios envía a las almas buenas es una de las mejores demostraciones de la existencia de otra vida superior ultraterrena para la que el dolor es camino. Cristiano ejemplar, a lo largo de una vida dilatada, tenía asegurada la otra vida nuestro académico, pero Dios envió la ceguera a nuestro amigo y compañero, para que en los dos últimos años de su vida ganase un cielo mejor todavía. Sus hijos me contaban días pasados, después de la misa que oímos en su sufragio, la resignación ejemplar de su padre. Aquel mal genio de Luis Redonet se había aplacado y su identificación resignada con la voluntad de Dios era total. Padre ejemplar, disfrutó del filial cariño de sus tres hijos, José Luis, M.<sup>a</sup> Luisa y Eugenio Redonet y Maura, acompañado también de nietos y biznietos. Su segunda esposa, doña Pilar de la Puerta, dama inteligente y distinguida, cuidó conmovedoramente a su marido, hasta cerrarle los ojos.

\* \* \* \*

Jesús Pabón, director de la Academia de la Historia, me ha contado un recuerdo personal de Luis Redonet verdaderamente conmovedor y emocionante que refleja de manera admirable su catolicismo acendrado. Mejor que yo lo dirán las palabras del propio Jesús Pabón. Dice así: “Era el curso académico de 1965/66, entonces yo, es decir, Jesús Pabón, auxiliado por unos jóvenes colaboradores, ordenaba en nuestra biblioteca un fondo documental. Don Luis llegaba la tarde de los viernes, tiempo antes de la sesión, se sentaba en uno de los sillones de la sala San Román y permanecía en quietud, sin abrir un libro ni preparar la pluma. Una tarde, aquella tarde que ahora recuerdo, uno de los muchachos acercó la lámpara con el deseo de que pudiese leer o escribir. Don Luis le advirtió llanamente, “gracias, no necesito luz, estoy re-

zando”. Era verdad, aguardaba la hora de la sesión en la plegaria. Cualesquiera fuesen las creencias de los muchachos de la sala, sentían un inmenso respeto por el anciano, que pese a la sombra de los ojos y a la penumbra de su puesto, seguía viendo con aquella su inefable luz interior”. Concluyo. La vida de Luis Redonet y López Dóriga es de contornos suaves. Era un hombre esencial, como los descritos en las páginas de la teoría de españoles que aparecen en el libro los “Claros Varones de Castilla”. Hombre profundamente católico, deja en sus libros, en su vida toda, constancia indeleble de sus creencias arraigadas. Ajustó siempre la conducta a las ideas. Por eso pienso que acaso lo mejor que podemos decir de nuestro académico fallecido es que vivió y murió como un perfecto caballero cristiano.